NºCatálogo:	0690-00-REC-PINT
Tipología:	Pinturas
Cronología:	1871
Estilo:	Academicista
NºInv.Sorolla:	101690
Ubicación:	Laboratorio de Investigación Patrimonio Cultural
Dimensiones:	99,5 x 86 cm
Procedencia:	Universidad. Calle Laraña. Biblioteca
Forma de ingreso:	Donación particular
Fecha de ingreso:	1871-01-01
Autor/es:	Eduardo Cano de la Peña



Descripción:

Sevilla, 1617 - Sevilla, 1682

Pintor insigne del Siglo de Oro español, formado en un naturalismo tardío que pronto evolucionó a la corriente barroca. Estableciendo en la ciudad de Sevilla el epicentro de su producción, se convirtió en figura trascendental de la escuela sevillana, creando composiciones que pasarían a la iconografía universal.

A diferencia de otros grandes pintores de su época que se formaron en las cortes reales o en los círculos artísticos de Madrid o Roma, Murillo se formó bajo la tutela de Juan del Castillo, gran maestro local, cuya influencia temprana se refleja en los primeros pasos de su vida artística.

A mediados de la década de 1640 recibe su primera comisión de gran envergadura, y que catapultó a la fama su ya contrastado talento: la serie de grandes lienzos para el convento de San Francisco el Grande en Sevilla. Con estas obras, Murillo empezó a consolidar su estilo característico, infundado en los personajes sagrados rostros que buscan la naturalidad, rasgos más humanos y serenos. En sus composiciones, se entrelaza la devoción con la cotidianidad, formulando un lenguaje pictórico donde lo celestial parecía tomar forma en lo terrenal. Uno de sus recursos más virtuosos fue el claroscuro lejos del tenebrismo dramático, sino resuelto como una luz irreal que emana de los propios personajes.

El fuerte carácter religioso de sus obras no impidió su desarrollo como cronista de su época. En sus obras de género capturó escenas de una sencillez y sinceridad conmovedoras, destacando "Tres muchachos (Dos golfillos y un negrito)", "Abuela despiojando" a su nieto o "Dos mujeres en la ventana". Supo ver la dignidad que pocas veces se le confería a los más humildes, haciendo patentes en sus pinturas escenas que dejan entrever la fragilidad y la gracia del alma humana.

La madurez de su obra se vio marcada por la creación de las "Inmaculadas", representaciones de la Virgen María que se convirtieron en el sello distintivo de su producción. Fue aquí donde Murillo alcanzó su máxima expresión, logrando dotar a la figura de la Virgen de un ideal de belleza etérea. Estos lienzos elevaron su fama a nivel internacional, y su estilo fue muy apreciado incluso en vida, lo que contrasta con la suerte de muchos de sus contemporáneos, que sólo alcanzaron reconocimiento póstumo.